

estos indios animales estólidos, sin gobierno, porque jamás reconocieron príncipe. Mandan los hijos a sus padres, los agravian y hieren. Matan sus hijos, unas veces porque nacen mujeres y no varones, a que más se inclinan, otras veces porque la mujer tuvo pereza de criar a su hijo, que esta es la razón que dan cuando les reprendemos. El modo de matar las criaturas es meterlas vivas en un agujero que hacen, donde les meten echándoles ceniza negra muy despacio, en que fundan la piedad maternal, pues a no ser madre del infante la que ejecuta la muerte dicha, sino mujer extraña, con cogerle de un pie y echarle al río y reír mucho está todo hecho... Pedirles los cuerpos muertos para enterrarlos en la Iglesia es darles una lanzada, y aunque yo entierro muchos en la Iglesia en que asisto, a una vuelta de cabeza hallo muchos enterrados en sus casas. Otros hay que ni en la Iglesia ni en sus casas los entierran, porque dicen es lástima, que a sus parientes se los haya de comer la tierra, con que los descuartizan como a carneros y entre todos los deudos se los comen.

»En muchos tiene ya otra forma la nueva cristiandad, porque Nuestro Señor ha sido servido de mirarles con ojos de especial piedad. El año pasado, a principios de Junio, entró la peste de las viruelas en los primeros pueblos del río arriba. Llegó aquí la noticia y con ello dispuse cinco procesiones, en que hubo muchas penitencias, a que asistí predicando con la palabra y con la obra y haciendo cuanto pude por darles ejemplo de penitencia. Confesaron y comulgaron muchísimos con tal ternura que me hacían llorar... El trabajo que tuve en asistir a tantos enfermos casi incapaces de asistencia por el pestilente hedor del contagio, en tierras tan sumamente calientes, no es decible, ni mi intento el explicarlo, dejándolo todo para el día del juicio, donde para confusión mía se verá claramente las muchísimas ocasiones que Nuestro Señor me ha dado para servirle y lo poco o nada que de todo se ha aprovechado mi alma. Murieron muchísimos y juzgo que todos se salvaron, porque, fuera de confesarse en plena salud, lo hacían también cuando les comenzaba el achaque. Los gentiles tomaron ejemplo de los cristianos y venían a mí a bandadas, pidiéndome el bautismo. En menos de quince días sobre asistir a tanto moribundo, instado de ellos, bauticé y puse olio y crisma a seiscientos indios...» (1). Tales eran las penalidades durísimas y

(1) Esta carta la incluye en su historia el P. Manuel Rodríguez, l. V.

las dificultades horribles, en que se veían los misioneros del Marañón para plantar la fe en medio de aquellos hombres tan acostumbrados a la vida de fieras. Admiramos el poder de la gracia que sostenía a nuestros Padres en medio de tan penosas fatigas.

7. Con el martirio de algunos misioneros, con la muerte natural de otros, ocasionada por las enfermedades y trabajos, se iba disminuyendo algún tanto el personal de las misiones. Hubo un momento en que se redujeron los operarios a cuatro sacerdotes. Desde Quito se procuraba enviar refuerzos, pero allí escaseaban también los sujetos para los trabajos ordinarios de la Compañía y todo era suspirar por nuevos socorros apostólicos que se esperaban de Europa. El año 1685, recibió esta misión un aumento muy oportuno. El 18 de Noviembre llegaron cuatro Padres que eran, José Cases, de la provincia de Aragón; Juan Gastel, austriaco; Samuel Fritz, de la provincia de Bohemia, y Enrique Richter, perteneciente a la misma provincia. Según escribía este último, pocos días después todos cuatro enfermaron de calenturas y hubieron de ofrecer a Dios algunos trabajos por la novedad de aquel clima poco salubre para ellos (4). Gracias a Dios se repusieron pronto, y el P. Lucero, Superior de la misión, los distribuyó en regiones diferentes, para que promoviesen y adelantasen los pueblos ya reducidos. Escribiendo al Rector de Quito dice el mismo P. Lucero: «El P. Enrique (Richter) baja a la Trinidad de Cunibos, que es en Ucayale, donde podrá hacer como cuatro pueblos muy buenos y poco a poco subirá hasta el Inga. Hará como ocho días llegaron aquí treinta Cunibos con el fiscal y son los que llevaron al P. Enrique y va en su compañía el Hermano Francisco de Herrera, hasta que haya resolución de Roma (2). El P. Samuel Fritz está aguardando Omaguas para ba-

c. 13, y puede decirse que con ella termina la sustancia de *El Marañón y Amazonas*, impreso tres años después. El libro VI que luego añade el autor, ya no es historia, sino más bien un memorial para ponderar los méritos de las misiones de Mainas y despertar en Europa vocaciones para trabajar en aquellas remotas empresas.

(1) Arch. del Col. de Quito. *Cartas de los misioneros de Mainas*. Richter a Viva. La Laguna de Huallaga, 10 Diciembre 1685.

(2) Este Hermano Herrera había sido escolar de la Compañía y pedido las dimisorias que al fin se le dieron. Arrepentido de su inconstancia, suplicaba ser admitido de nuevo, y mientras venía la respuesta del P. General, se ofreció a servir como donado en esta expedición. Aunque se le llamaba Hermano,

jar con ellos y de 31 pueblecitos en que están divididos podrá hacer diez pueblos buenos y en la tierra firme de ambas costas (del Amazonas) tendrá mucha gente que amistar... El P. Juan Gastel, queda en Borja, por compañero del P. Lorenzo Arias, muy contento gracias a Dios» (1).

Según lo dispuesto por el superior, encaminóse el P. Richter con el Hermano Herrera y un sacerdote seglar llamado José Vazquez, natural de Cuzco, hacia la tierra de los Cunibos, que vivían en las orillas del gran río Ucayale. Empezó a reunirlos en pueblos algo mayores, a enseñarles la doctrina cristiana y a prepararles para el santo bautismo. Poco trabajo le dió la instrucción de aquellos hombres. La gran dificultad estaba en vencer sus bárbaras y brutales costumbres. Sobre todo parecía insuperable el vicio de la borrachera, a que se daban aquellos indios hasta un extremo inconcebible. Era muy usado reunirse todos de tiempo en tiempo y celebrar un banquete, es decir, una borrachera soberana que duraba tres días con tres noches. La fealdad de esta costumbre se agravaba con la presencia de las mujeres, que también tomaban parte en la bebida y cometían los excesos que se dejan imaginar. El P. Richter, ya con suavidad, ya con reprensiones enérgicas fué procurando desterrar estos vicios. Por de pronto consiguió que no se acercasen las mujeres a semejantes banquetes. Después rogó a los indios que se interrumpiese la borrachera durante la noche, y que se retirasen a descansar. Por último hizo esfuerzos para que se abreviase el tiempo de aquellas orgías, y al fin logró que se moderasen todos en el beber y no llegasen a perder el juicio y convertirse en animales (2).

Reducidos muchos de los Cunibos, avanzó el P. Richter agua arriba por el Ucayale y fué descubriendo otros pueblos. Estos avances apostólicos de nuestro misionero dieron ocasión a un ligero conflicto con los PP. Franciscanos. Es el caso que estos religiosos habían emprendido diversas misiones desde Lima y

como se hacía a veces con estos donados, no era de la Compañía, sino en mero criado que esperaba ser admitido otra vez en nuestra Orden.

(1) *Cartas de los misioneros de Mainas*. Lucero a Ureña, 31 Diciembre 1685.

(2) Todas estas noticias las leemos en las anuas de estos años 1670-1686 que se conservan en Quito, donde se consagra un párrafo muy especial a los trabajos del P. Richter.

otras ciudades del Perú, avanzando poco a poco hacia el Norte y acercándose al río Marañón. Los jesuitas descendían de Quito, habían pasado en varios puntos el Marañón y progresaban hacia el Sur siguiendo el curso de los ríos Huallaga y Ucayale. Llegó, pues, un momento en que se encontraron las empresas apostólicas de ambas Ordenes religiosas. Si tenemos presente que las naciones modernas de la América meridional no han terminado todavía sus pleitos sobre la famosa cuestión de límites, y aún litigan sobre la posesión de ciertos territorios mediterráneos, imagínese el lector, si sería fácil deslindar tierras y jurisdicciones allá en el siglo XVII, cuando penetraban los misioneros en bosques y páramos, donde ningún europeo había puesto los pies todavía. Sucedió, pues, lo que era muy natural, que siguiendo los franciscanos de Sur a Norte y bajando los jesuitas del Norte a Sur, se cruzaron en algunos puntos las misiones de unos y otros.

Los superiores religiosos trataron de evitar los conflictos que de aquí pudieran nacer y procuraron, como lo dictaba la prudencia, deslindar el campo de las respectivas misiones. El P. Fray Félix de Como, Comisario de San Francisco, dirigió al Virrey del Perú un memorial en 1686 en que pedía, entre otras cosas, lo siguiente: «Pido y suplico que en atención de los inconvenientes que se pueden recelar, por diferentes entradas a las poblaciones de nuestra jurisdicción con los Padres de la Compañía, se sirva señalarles los distritos de su conversión desde la Gran Cocama y sus contornos reducidos, todas las poblaciones río abajo o hacia el Norte, que son innumerables, y a nuestra sagrada religión (de S. Francisco) desde dicha Cocama río arriba los indios Campas, que son los que tienen convertidos en las montañas de Andamarca, mandando que ninguno de los conversores de la Compañía de Jesús ni otro ningún seglar, aunque con título para ello de Quito, pueda introducirse a las dichas poblaciones de nuestra jurisdicción» (1). Por efecto de este memorial, el Virrey encargó al Presidente de la Audiencia de Quito hablar con los superiores de la Compañía y con otras personas prácticas, y enviar un informe sobre lo que convendría hacer, para que no se estorbasen mutuamente los misioneros franciscanos y jesuitas.

Mientras de este modo se discutía en las altas regiones de

(1) Arch. del Col. de Quito.

Lima y de Quito, el P. Richter, allá en sus bosques del Uyacale, avanzaba animosamente, convirtiendo a todos los indios que podía hallar a su alcance. Dos años hubo de interrumpir sus fatigas apostólicas para acudir a la conquista de los Jibaros, de que luego hablaremos. Desembarazado de aquel negocio, volvió de nuevo a los Cunibos y desde allí avanzó a las tribus de los Manabobos, de los Comabos, y por último llegó hasta los Piros, que distaban muchas leguas al Sur de las tierras evangelizadas por nuestros Padres. Allí le esperaba la corona del martirio, que alcanzó gloriosamente a fines de 1695. Poco antes había muerto a manos de los bárbaros el Hermano Herrera y también el sacerdote José Vázquez, que después de ocho años de fatigas consiguió, como deseaba, derramar su sangre por Cristo. El P. Richter fué muerto por los Piros, pero según dicen, a instancia de algunos Cunibos apóstatas que prepararon de antemano y contribuyeron a la muerte del Padre (1).

Mientras el P. Richter se afanaba a lo largo del Ucayale, otros misioneros promovían en el lado septentrional del Amazonas hacia los orígenes del río Pastaza, la conversión de los Coronados o Colorados. Aquí no hubo la variedad de sucesos y peripecias que se ofrecían en las otras regiones. La dificultad estaba en lograr reunirlos en pueblos, pues vivían extraordinariamente diseminados por los bosques, y no siendo más que un millar de sujetos, a lo que pudieron calcular nuestros Padres, no había modo de persuadirles que se juntasen en uno o en pocos pueblos. El P. Bartolomé de Araúz, encargado de esta misión, se sentía desalentado al ver la repugnancia que mostraban los indios a reunirse. Escribiendo al Rector de Quito el 28 de Agosto de 1689

(1) Sobre la acción apostólica y la muerte del P. Richter véase las *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, pp. 388-418, publicadas por Jiménez de la Espada. El P. Francisco Viva, que era entonces Superior de las misiones del Marañón, escribiendo al Virrey del Perú, le daba, entre otras noticias, esta: «Me avisan los Padres de la misión, que los indios Cunivos mataron con ingratitud sin igual a su Padre misionero, Enrique Richter, alemán de nación, como el P. Samuel, y no menos apostólico y ardiente en celo, mientras iba a pacificar a los indios Piros, nación muy dilatada en las vertientes del Cuzco, y luego fueron matando a seis españoles que tenía en su compañía... y al fin mataron a un clérigo de esa ciudad llamado José Vázquez». Consérvase una copia de esta carta, que no lleva fecha, en nuestro colegio de Quito.

le decía: «Estos indios quieren juntar la consecución de estos bienes (de los donecillos) con su libertad y desbaratada vida. A lo más que convienen es, que cada parcialidad fundará y se congregará en su terreno nativo, que vendrán a ser cuando menos seis o siete pueblos, en los cuales quedan las mismas dificultades y embarazos que de antes para doctrinarlos cual conviene, pues la distancia que hay de unos pueblos a otros es de dos días, de un día y de medio día, atravesando muchos montes y caudalosos ríos.»

Con esta dificultad se juntaba la otra de la inconstancia y carácter traidor de aquellos indios. El 20 de Diciembre de 1689 exponía al mismo P. Araúz el poco fruto que iba consiguiendo con sus trabajos apostólicos. «Apenas nos apartamos de la reducción, dice, cuando los indios se remontan desamparando el pueblo y volviéndose a sus antiguas cuevas. Por juzgar que con nuestra asistencia se estarían quietos, puse a mi compañero en una reducción y yo bajé a otra, donde cada ocho días nos visitásemos, confiriésemos las materias y nos confesásemos. Esto no obstante con el achaque de ir a traer que comer, de ir desherbar, etc., continuamente faltan del pueblo. No ha dejado de hacerse algún fruto, pues se han bautizado setenta y cinco tiernos infantes, y se han casado más de cincuenta, que muchos de ellos habían estado presos en la culpa hasta la vejez.» Pasa un año, y oímos la misma cantilena al pobre P. Araúz. «Todo este año, mi P. Rector, dice, se me ha pasado en tejer y destejer, en edificar y desbaratar, porque como yo escribía, lo más a que pude reducir a estos bárbaros cristianos fué, a que hicieran siete publicitos, según las parcialidades de los caciques. Hoy ya los tengo reducidos a tres solamente. El uno ya está habitado de gentes; en los otros dos se están haciendo los desmontes y las siembras para que tengan con que alimentarse... Según la experiencia que tengo, estos racionales brutos sólo con el rigor se domestican y le aseguro a V. R. que para esto poco que se ha hecho ha sido necesario repartir algunos azotes y mostrarles un ánimo muy exasperado con muchas amenazas. Todo el tiempo que los traté bien, no hicieron caso, y sólo me pagaron la afabilidad y buen trato con retiro, picardías y ausencias. La ocupación continua es enseñarles a rezar tarde y mañana a los muchachos, que ya van estando muy bien. Vanse bautizando los que van naciendo, y desde que entramos son ya ciento diez y seis los bautiza-

dos» (1). Tal era la condición de aquellos pueblos, que hasta el presente no ha variado casi nada, según lo hemos podido oír de boca de los misioneros que han penetrado modernamente en las regiones del Napo.

9. Mientras el P. Richter extendía la fe de Jesucristo a lo largo de los ríos Ucayale y Huallaga, su compañero el P. Samuel Fritz emprendía su viaje hacia el Oriente, siguiendo el curso del río Amazonas o separándose tan sólo a ligeras distancias para visitar los pueblos que entonces se llamaron Omaguas. Tres años continuos de 1686 a 1689 evangelizó con grandes penalidades en estas islas del Amazonas avanzando poco a poco hacia el Oriente. El resultado de sus fatigas lo refiere él mismo al Virrey del Perú por estas palabras: «Tengo ya sujetos al Evangelio de Cristo treinta y ocho aldeas de la provincia de Omagua, la reducción de Nuestra Señora de las Nieves de la nación Yurimagua y dos aldeas de la nación Aizuaire. En las ocho primeras reducciones de Omaguas he bautizado los pequeños y adultos; en las demás sólo los inocentes» (2). A estas conquistas, que en 1689 se podían decir ejecutadas, deben añadirse otras que estaban medio dispuestas para cuando el Padre tuviera tiempo de extenderse más adelante. Tenía amistados a los indios Pevas, Guareicus, Gaivisanas, Ivanomas, los del río Arabanate, los Cuchivaras y los Taromas del río Negro. Todas estas tribus habitaban a lo largo del Amazonas en una extensión de cuatrocientas a quinientas leguas entre la desembocadura del río Negro y la del Napo.

Hasta aquí la misión del P. Fritz puede llamarse puramente evangélica, pero de pronto sobrevino un incidente que le obligó a intervenir durante tres años, aunque de un modo indirecto, en las regiones de la política. Es el caso que mientras él avanzaba siguiendo río abajo el curso del Amazonas, subían en sentido opuesto algunas tropas de portugueses procedentes de Pará, conquistando, o por lo menos, apresando a los indios salvajes que podían. Varios indios, temiendo a los portugueses, huyeron hacia arriba y se encontraron con el P. Fritz. Por otra parte, éste se halló gravemente enfermo en el verano de 1689, y con las gran-

(1) Arch. del Col. de Quito. *Cartas de los misioneros de Mainas*. Araúz al P. Fores. Naranjal, 25 de Octubre de 1690

(2) Estas noticias las da el P. Fritz en un memorial dirigido al Virrey del Perú, de que luego hablaremos. Véase *Noticias auténticas del famoso río Marañón*, p. 455.

des avenidas que por entonces tuvo el río, inundando muchos pueblos de salvajes, se vió el misionero enfermo, solo y desamparado entre sus indios, con peligro de perder la vida y distante de las misiones de Mainas dos meses de camino, como él mismo dice (1). Deseando, pues, detener por una parte el avance violento de los portugueses, y por otra buscar algún remedio a su arruinada salud, determinó seguir la corriente del río hasta que se encontrase con los expedicionarios de Pará y pudiera entenderse con los Padres de la Compañía de la provincia del Brasil que tenían colegio en aquella ciudad.

Tomada esta resolución salió del pueblo de las Nieves el 3 de Julio de 1689 (2). Pasó de largo las rancherías de los Aizuares, visitó, o, por mejor decir, vió sin detenerse las de otros indios, y el 6 se hallaba ya en la desembocadura del gran río Yapurá. Avanzando poco a poco fué tomando noticias de los portugueses que circulaban por aquellos países. El 30 de Julio llegó al pueblo Urubú, del que cuidaba un religioso mercedario, llamado Fray Teodosio Vegas. Hallábase éste ausente, pero a los pocos días volvió y trató a nuestro Padre con mucha caridad. El 5 de Agosto se encontró por fin con la primera tropa portuguesa. Mandábala el capitán Andrés Piñeiro y la acompañaba como misionero de Portugal el P. Juan María Garzoni, mantuano, de nuestra Compañía. A todo esto, la salud del P. Fritz iba dando serios cuidados por una hidropesía terrible que se le declaró. Oigamos lo que él nos dice en su diario: «En este pueblo de Urubú me detuvieron quince días cuidándome con mucha caridad. El cabo de la tropa me mandó sangrar contra las calenturas y ahumar contra la hidropesía. Contra los demás achaques me aplicaron otros remedios, pero no sólo no mejoré, sino empeoré más que nunca. Hasta entonces me había podido mantener en pie, de allí en adelante me vi precisado a dejarme cargar en hamaca, sin poder dar un paso, porque la hidropesía se iba extendiendo a todo el cuerpo y me ocasionaba grandes ahogos y fatigas.»

Por fin, el 15 de Agosto le despidió el Capitán Piñeiro dándole un soldado que le cuidase, y el P. Garzoni le cedió el Hermano coadjutor que él llevaba por compañero en la expedición. Asis-

(1) Véase en la obra citada *Noticias...*, p. 434, copiado el diario de esta bajada del P. Samuel Fritz a Pará. De él tomamos las noticias que siguen.

(2) *Ibid.*, p. 438.

tido por estos dos hombres, fué caminando poco a poco el enfermo, y por fin llegó al término de su viaje. «El 11 de Setiembre, dice el mismo P. Fritz, llegué de noche a la ciudad del Gran Pará más muerto que vivo. Los Padres del colegio que allí tiene la Compañía me recibieron con mucha caridad y solicitaron todos los medios posibles para que recobrase la salud, principalmente el P. Rector, Juan Carlos Orlandini, quien no rehusó en persona ejecutar conmigo aun los más bajos servicios de enfermero. En fin, al cabo de dos meses, en que se me aplicaron diferentes medicinas, fué Dios servido volverme la salud y darme alientos para llevar con paciencia otros trabajos que me aguardaban, más penosos que ninguna enfermedad» (1).

Efectivamente; apenas sanó el P. Fritz y empezó a tratar con las principales personas de la ciudad, le declararon los portugueses, que la región de Omaguas y los otros países donde él había evangelizado, pertenecían a la corona de Portugal. Nuestro misionero, aunque nacido en Bohemia, más español que todos los españoles, defendió con tesón que todos los países visitados por él pertenecían a la demarcación de Castilla. El había delineado el mapa de aquellos países, se había informado de los tratados políticos entre ambas coronas y se mostraba tan docto en la historia, como versado en la geografía del Amazonas. Entendieron los portugueses que con disputas y debates no habían de conseguir nada, y tomaron otro camino, para no ser vencidos por el P. Samuel. Oigamos lo que éste nos cuenta con mucha claridad: «Enviaron un Oidor llamado Miguel Rosa, al P. Rector Orlandini, intimándole me tuviese como preso en aquel colegio, y en sanando de mis achaques, no me dejase volver a mi misión hasta que tuviesen respuesta de su Rey, a quien darían cuenta de mi bajada; porque tenían por muy probable, que las tierras de mi misión tocaban a la corona de Portugal, cuya conquista, decían, se extiende siquiera hasta la provincia de la Grande Omagua.

Yo, desde el principio de mi llegada, había reclamado en este punto, mostrándoles con evidencia, que las provincias que hasta entonces había estado misionando, fuera de toda controversia, se comprendían dentro de los límites de la corona de Castilla, lo que no negaban todos los peritos; pero dicho Gobernador de Pará no dió otra respuesta al P. Superior que decirle: «no hemos de

(1) *Ibid.*, p. 440.

creer lo que dice el Padre Castellano». Viéndome yo alejado de mi misión, quise embarcar para Lisboa, apelando a entrambas Majestades, castellana y portuguesa, a dar cuenta de mí, para que quedase en su inmunidad la libertad del Evangelio de Cristo; pero todas mis diligencias se malograron, y así estuve detenido en aquella ciudad diez y ocho meses, con harta aflicción de mi corazón, por el desamparo en que quedaban mientras tanto mis neófitos y otros muchos infieles que había dejado con buena disposición para reducirse.»

Ya que le era imposible salir de Pará, escribió desde allí una carta al embajador de España en Portugal, declarándole sus trabajos apostólicos y los derechos de España a las regiones donde él había predicado. Al cabo de diez y ocho meses llegó de Lisboa la respuesta, muy distinta de la que esperaban los portugueses. Venía dirigida al nuevo Gobernador de Pará, Antonio Albuquerque, y decía el Rey que había sentido mucho la detención del P. Samuel Fritz, que de no estar ya acabando su gobierno el Gobernador anterior, le habría depuesto por esta acción, que deseaba conservar toda buena correspondencia con Su Majestad Católica, de quien era vasallo el P. Fritz, y esto con más razón, atendiendo a que era un misionero de la Compañía de Jesús. Mandábale en consecuencia restituir a costa de su real hacienda al P. Fritz a su misión, y si era preciso llevarle hasta Quito (1). Cuando leyó el nuevo Gobernador esta orden de su Rey, empezó a tratar de otra manera a nuestro humilde misionero, le facilitó los medios de transporte y señaló un cabo, llamado Antonio Miranda, con siete soldados que le acompañasen en su viaje.

Dispuestas todas las cosas salió de Pará el P. Fritz el 8 de Julio de 1691. Hizo el viaje río arriba por el Amazonas, recorriendo innumerables pueblos que él mismo anotó en su diario. Al cabo de tres meses, llegando a los Omaguas el 20 de Octubre, se despidieron de él los portugueses que le acompañaban, pero antes de separarse, Antonio Miranda hizo una protesta de que los dominios de Portugal llegaban hasta aquel punto. Respondió el P. Samuel, que no admitía tal idea, y que él continuaría misionando en todos los territorios que había reconocido antes a lo largo del Amazonas. Con esto se apartaron, y nuestro misionero, caminando lentamente y visitando algunos pueblos cristianos,

(1) *Ibid.*, p. 442.